

JOSÉ FERRER CANALES: UN NEGRO GIGANTESCO Y HUMILDE*

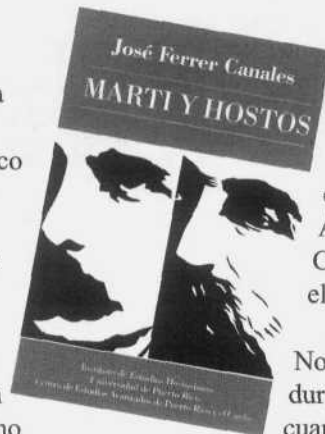
Antonio Gaztambide Géigel

Hermanos, me disculpan, pero yo vengo a despedir a un negro. Vengo a despedir a un negro gigantesco y humilde, que fue gigantesco porque era humilde, y que por humilde pudo ser gigantesco. Sin restarle mérito a todo lo que se haya dicho, con sobrada justicia, sobre su trayectoria y aportes como patriota, como antillanista, como crítico literario, como profesor, como ensayista, como universitario excelso, vengo a decir lo que otros no quieren o no pueden decir, o no pueden decir porque no entienden.

Vengo a proclamar que, sin decirlo, que sin ponerlo al frente y en el centro de sus identidades, usted tuvo siempre en el norte de su rol como educador y patriota, el de ser un educador y un patriota de piel más pigmentada. Que siempre tuvo claro que su cátedra y su ejemplo deberían ayudar a liberarnos del prejuicio y la discriminación en esta sociedad que no se libera todavía de las peores herencias del azúcar esclavista, como tampoco aprecia sus mejores patrimonios. Como tantos otros y otras antillanas de piel más pigmentada, en las generaciones anteriores a que la revolución de Isabelo Zenón los sacara del closet, usted supo sacar a los etiquetados como negros del lugar que les asignaba esta sociedad, todavía dolorosamente racista, sin salirse de “su lugar”.

Usted sabía, por Martí, que “No hay odio de razas, porque no hay razas”. Usted sabía, con él —y mucho antes de que lo confirmaran los científicos liberados—, que las razas fueron una construcción de los jinchos poderosos para oprimir a los pueblos pigmentados. Y como la raza no debería de ser una categoría en las relaciones humanas, usted se negó a vivir como si lo fuera, a pesar de que lo era y para que dejara de serlo. En torno a esa identidad, negra y negrista, que usted no proclamaba, pero que vivía y que sufría y que guió las dulces estrategias de su vida, dictó la más perdurable de todas sus lecciones: no hay mejor prédica que la práctica, no hay cátedra ni prédica que supere al ejemplo.

En nuestros pueblos se reserva el título de Maestro, con letra mayúscula, para aquellos que, con o sin títulos universitarios, dictan cátedras perdurables, de sabiduría sí, pero también de integridad, de civismo, de verticalidad, de patriotismo, de dignidad sin límites y de amor incondicional. Y usted, Maestro, se ganó el título



en todas las categorías y sabe que sólo con ese título me dirigí a usted durante los veinte años en que compartimos como colegas bajo el liderato de ese otro Maestro, don Ricardo Alegría, en la cátedra privilegiada y tierna del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.

No supe honrarlo con ese título, sin embargo, durante los primeros veinte años de los casi cuarenta en que compartimos como luchadores independentistas. Me impidió hacerlo la soberbia intolerante con que una parte de mi generación intentamos tomar el cielo por asalto. Desde entonces, usted dictaba cátedra con lecciones que vine a aprender mucho más tarde, cuando me uní a los que luchamos por la Patria desde la trinchera de la cátedra y de la investigación comprometidas.

La primera lección, la que mejor recordamos los que adoptábamos discursos y estrategias radicalmente opuestas a los suyos, era su radical, intransigente e incondicional amor por el resto de los y las patriotas, independiente de los grupos, la retórica y los líderes. Usted predicó en la práctica, no como una retórica negada por la acción, el respeto y la unidad entre los independentistas por encima de toda bandería, de una manera sólo igualada tal vez por dos Maestros igualmente pigmentados: Betances y Albizu Campos. Lo vimos apoyar esa unidad, a menudo en desafío de su propio partido, acudiendo a toda convocatoria patriótica, aún cuando los convocantes no fueran mucho más unitarios en sus acciones y actitudes. Sabía, por Martí, que para luchar por todos y de verdad por todas, había que luchar: “Con todos y para el bien de todos”.

Usted también me enseñó —junto a Maestros y Maestras de ambos queridos, como Margot Arce, José Emilio González, Manrique Cabrera, Piri Fernández de Lewis y Manolo Maldonado Denis— las reglas y el costo de una cátedra y una investigación comprometidas. Algunos incomprensidos y otros más de una vez maltratados, nos enseñaron que la cátedra es ejemplo de responsabilidad y de tolerancia; nos enseñaron que nadie aprende por cabeza ajena y que el respeto por los estudiantes y los colegas es la primera y la máxima regla de la academia liberadora.

No faltará quien se pregunte quién o qué me autoriza a decir todo esto. ¿Qué soberbia me mueve a decir cosas que

*Mensaje leído en el cementerio de Villa Palmeras, el viernes 22 de junio de 2005, luego de que las autoridades del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico no permitieron que se leyera en la Torre de la Universidad, lo mismo que no permitieron la despedida del Grupo Mapeyé. José Ferrer Canales fue uno de los intelectuales puertorriqueños más queridos, profesor universitario, independentista y autor de una vasta obra, en la que cabe destacar los estudios dedicados al prócer Eugenio María de Hostos.

ya le siento reprochándome desde el lugar que se ganó hace rato en el Olimpo de nuestros ancestros? Digo y evoco el privilegio de compartir con usted cosas que pocos vieron. Ya mencioné la cátedra en nuestro Viejo San Juan y la amistad con Manolo y José Emilio, esos otros hostosianos. Algunos saben que, como usted, sufrí el racismo en Estados Unidos, en donde usted y yo sabemos que el racismo no tiene pigmentación.

Pocos saben, sin embargo, que fui testigo de su regreso con Ana Hilda, en el año 91 y después de demasiadas décadas, a la Universidad de La Habana, en donde se enamoraron hasta que ni la muerte los separa: dos tortolitos emocionados como si fuera el primer día. Compartimos también el regreso de ambos a Santiago de Cuba, natal de ella y cuna de su boda, y en donde descubrí que no había don Pepe sin Ana Hilda, ni se podía aprehender la solidez de sus querencias sin la roca de granito de ese amor, incomparablemente fuera de época.

No presencié, pero sé que valoró como ninguno, el reconocimiento de ser designado en 1995 como portavoz de los invitados internacionales al centenario de la caída de Martí en Dos Ríos, testimonio a su vez de la justicia de la guerra justa, a pesar de su acendrado e intransigente pacifismo. Consigné en aquel momento que compartimos el homenaje a Betances, también centenario en 1998, de un grupo de antillanos en París, convocados por Félix Ojeda y Paul Estrade. Allí dije palabras que hoy le caben a usted, con las debidas modificaciones vocacionales y si me excusa esta ajena inmodestia:

Podría aparecer, en la escena final, un coro multitudinario, sinfónico, de jóvenes representativos de Cuba, de la República Dominicana, de Haití, de Puerto Rico, las Filipinas, el Brasil, de Italia, de Francia, y hermanos negros, afirmando todos al unísono (me parece que lo veo y escucho). Dramáticamente cantan: Gracias Betances, maestro de Maestros, Médico y abogado de pobres, Apóstol de nuestra independencia y libertad, Benefactor de América, de la Humanidad, Betances, presencia heroica e inmortal.

Estuvimos también en el otro homenaje, esa vez para Martí y Betances, en La Habana, en septiembre de 2002, en el cual antillanos y antillanistas —por iniciativa de los cubanos—



Frente al monumento Eugenio María de Hostos, en la Universidad de Puerto Rico, los distinguidos escritores Josemilio González, Francisco Paoli y José Ferrer Canales.

celebramos amorosamente sus noventa abriles. En el camino, Maestro, usted me hizo un reconocimiento al recomendarme para la Cátedra de Honor “Eugenio María de Hostos” que superó de antemano al de la Cátedra misma y que no me atrevía a someter por considerarlo inmerecido.

Ya le siento reprochándome, Maestro, como dije, desde donde comparte desde antier con Jesús y con Gandhi, con Martí y con el Che, con Albizu y Betances. Pero estas cosas hay que decirlas, Maestro, porque hay más de uno que amenaza con devolver este país a la intolerancia y el tribalismo que usted tan bien ayudó a retroceder. Porque este pueblo con tanto cacique y tan poco indio, debe saber que con indios

como usted estamos sembrando el futuro. Hay que decirlas, Maestro, porque sigue privando entre los patriotas la distancia entre prédica y práctica, incluyendo la intolerancia, que nos seguirá condenando a la derrota. Hay que decirlas, Maestro, porque estas cosas siguen privando entre muchos de los que hoy le rinden homenaje. Porque existe también entre algunos negristas radicales, que usted amó y estimuló como a sus radicales compatriotas, la intolerancia que no siembra “Con todos y para el bien de todos”.

Y me perdona, Maestro, y me perdona su hermosa y numerosa familia por la que pretendí hablar sin conocerla, pero parece que —sin violar las reglas de la cátedra y de la investigación comprometidas— me he condenado a decir cosas que otras personas no quieren escuchar y mucho menos decir. Pero al menos le digo, Maestro, que hay mucho pueblo, muchos indios cansados de estos caciques y cacicas que viven chupando la sangre de nuestras desgracias, que se aprestan a hacer Patria con su ejemplo.

Y así también en las Antillas, en donde su prédica preferida sigue dejando huellas y constituye mi final obligado: la consigna de Martí al dominicano Federico Henríquez y Carvajal, en su primer testamento: “Hagamos por sobre la mar, a sangre y cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera del fuego andino”. Amén. ■

Antonio Gaztambide Geigel. Puertorriqueño, doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Princeton, profesor de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras y del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Es coordinador de redes del Proyecto Atlantea y colaborador habitual de varios medios de su país y el extranjero.